

pondrá muy contento. Pero nunca, en ningún caso, el señor Preminger tratará con su trabajo de aclarar en un punto la situación que trata, precisar alguna idea que ayude a la clarificación general, colaborar, en su medida, a solucionar de algún modo el problema que abarca.

El caso de Preminger no es único, ni siquiera fundamental. Su técnica es común a la mayor parte de un cine americano que ayudó a que

la gente se quedara en la epidermis del entorno, y en que en masturbatorio salto en el vacío considerara que estaba llegando al complicado y sedoso nudo de la cuestión. Hombres como Preminger (nombre colocado en una larga lista de seres, generalmente anónimos) posibilitaron que el cine se convirtiera en una escuela de estupidez, de sentimientos melodramáticos que dejaran alejado al espectador de un válido sis-

tema para comprender la realidad.

La película «Dime que me amas, Junie Moon», última de Preminger estrenada entre nosotros (con absurdas mutilaciones en la versión española que no hacen ya más que rizar el rizo del conservadurismo), versa sobre los pobres seres descarriados, víctimas de una sociedad mecanizada que no tiene cabida para albergar seres imperfectos, con traumas terribles, minorías de minorías. Pero el maestro Preminger demuestra cómo estos seres tienen, después de todo, su corazóncito y son capaces de quererse muchísimo y de vivir tan ricamente juntos, casi sin problemas. Y cómo, a pesar de la maldad congénita de este mundo, hay seres beatíficos, como un espléndido carnicero, que, en un momento de su vida, puede disponer de unos cuantos millonajos para que los pobres seres superminoritarios vivan en amor y concordia, aunque sea de manera heterodoxa.

El escasísimamente honesto señor Preminger en lugar de plantearse el porqué y cómo de las minorías, en lugar de averiguar cuáles son las razones que determinan realmente la situación de sus personajes, se ha inclinado por la agradecida vía del melodrama, ha compuesto escenas tiernas que coloquen a esos personajes en situación de seres irrepitibles, ha utilizado, en definitiva, por enésima vez el prisma del folletín para acercarse a la realidad, ha desfigurado esa realidad y ha convencido, por tanto, a espectadores destrozados por años de cultura cinematográfica. Lo único que Preminger ha hecho ha sido componer otro testimonio sobre las posibilidades deformantes del cine, al margen, naturalmente, de haber sacado el pingüo provecho que siempre ofrece el tópico.

La sociedad americana (aunque no sólo ella, naturalmente) ofrece en estos momentos una oportunidad de atender a los seres marginados. Cuando estos empiezan a rebelarse contra esa marginación, la bien intencionada industria del cine les atiende con cortesía y benevolencia. Y desde el tristemente célebre «Cowboy de medianoche», de Schlesinger, las películas sobre hombres imperfectos se suceden vertiginosamente. Aunque en España todavía se crea que son films capaces de destrozar almas nobles y la mayor parte de ellos sigan inéditos. ■ DIEGO GALAN.



EN LA MUERTE DE JORGE MISTRAL

Los periódicos del día 20 de abril dieron la sorprendente noticia del suicidio de Jorge Mistral. En Méjico, un tiro y tres cartas (una al juez, otra a su mujer y una última a sus compañeros de profesión pidiéndoles perdón por tan desagradable final) son las notas del resumen de agencia sobre la vida y obra de uno de los actores que más importancia tuvo en el cine español de los años cincuenta. Tras la desaparición de Alfredo Mayo como figura estelar cinematográfica, Jorge Mistral encarnó, con inmensa popularidad, al héroe honrado y bien encaminado, único prototipo posible del cine español de unos años que no atendía a sutilezas artísticas hasta después de dejar bien sentadas las bases morales de la historia que se narrara. Tampoco eran años de intérpretes, sino de estrellas, y muchos de los que entonces encabezaban los títulos de las producciones españolas debían, ante todo, responder al tipo marcado, a la línea general de buenos y malos. Y sólo en escasas ocasiones un actor podía afrontar su trabajo con posibilidades de eliminar el cartón-piedra. Jorge Mistral, que no era un gran actor, eliminó en lo que pudo la ampulosidad y el guiño pícaro marginado a su trabajo. Quizá, por eso, alternó sus actuaciones en películas históricas («Locura de amor»), «literarias» («Las inquietudes de Shantí Andía») y folklóricas («Un caballero andaluz», «Currito de la Cruz»). Quizá por eso también fue uno de los escasos galanes del momento que pudo intervenir en películas de Buñuel («Abismos de pasión») Bardem («La venganza»), alguna de interés de Rovira Beleta («El expreso de Andalucía») y alguna producción internacional («La sirena y el delfín», de Negulesco, junto a Sofía Loren). Alternando sus actuaciones en España, Méjico, Argentina y Cuba, Mistral comenzó a descender como figura cuando todo aquel cine de la retórica dejó de ser popular. Y junto a Aurora Bautista, Carmen Sevilla, Amparito Rivelles (actrices con las que intervino) se vio obligado a buscar nuevos derroteros en su trabajo. Ahora, en Méjico, mientras ensayaba una fotovela, se ha quitado la vida. Y así ha desaparecido uno de los testigos de excepción de un cine del que un día habrá que escribir la auténtica historia. ■ G.

taurus ediciones, sa

Georges Bataille

Sobre Nietzsche Voluntad de suerte

taurus

BATAILLE SOBRE NIETZSCHE

«Hoy ya lo sabemos: Bataille es uno de los escritores más importantes del siglo. Debemos a Bataille gran parte del momento en el que nos encontramos, y mucho de lo que queda por hacer, decir y pensar, le es debido sin duda, y lo será durante mucho tiempo. Su obra crecerá sin cesar».

(Michel Foucault)

DEL MISMO AUTOR LA LITERATURA Y EL MAL

Ocho estudios sobre Emily Brontë, Baudelaire, Michelet, William Blake, Sade, Proust, Kafka, Genet.

taurus

PLAZA DE SALAMANCA, 7. MADRID-6
CONSEJO DE CIENTO, 167. BARCELONA-15